

El hijo del guardabosque

653020



Escribe
Sara Vial

Seguirá siendo el invisible guardador de los bosques que nunca dejaron de recibir el rocío de su pluma. Desde donde nos esté mirando, el poeta Juvencio Valle continuará acompañándonos, velando con su corazón por la naturaleza de sus selvas, combatiendo con la voz que dejó escrita en sus poemas, la devastación de una hermosa zona boscosa que sólo seguirán, al parecer, amando los poetas.

Cada poeta se hace su lugar en las letras, pero también en la patria geografía. Juvencio es el poeta de la humedad de los campos del sur, del sonido lejano de la lluvia. Siendo el más dulce y silencioso, mereció ese apodo cariñoso, Juvencio Silencio, que su condiscípulo en el liceo de Temuco, el pequeño Neftalí, le puso para siempre.

Yo conocí a Juvencio Silencio bajo una enorme chupalla de paja. Estaba sentado en el asiento de piedras donde se erguía por esos años el mascarón de proa llamado La Medusa. Llamaba a sentarse allí. Yo iba pasando, solamente. Pero él me sonrió bajo la sencilla chupalla bajo la cual casi desaparecían sus ojos bondadosos, y yo pensé, "hombrecito solitario, quitado de bulla mientras todos brindan y pontifican, ¿no conocerá a nadie? Tampoco yo, a casi nadie, es la primera vez que vengo... y el con este ramito de flores silvestres en las manos, como si las conociera mejor que nadie. Algo tímido, como un apacible jardinero que viene de lejos... como si guardara el secreto de algún guardabosque..."

Como parecía una parte tan serena del paisaje marino, me senté en el asiento de piedra, sobre ese leve promontorio levantado frente al Pacífico.

"Le diré buenos días, lo precioso del lugar..."

"¿No había venido antes a Isla Negra?", me dijo como si me contestara o como si su manera de ser pasara por alto los saludos convencionales.

"Es precioso este lugar, aunque sopla tanto viento. No, no había venido nunca."

Vuelve a ensimismarse.

Yo me acuerdo de EL JARDINERO, de Tagore.

Acto seguido, sin que medie ni siquiera una gaviota, comienza a hablar lenta e ininterrumpidamente de Tagore. Los poemas en prosa del poeta hindú se animan en su voz como veleros en altamar. De él, pasa a Gabriela Mistral, que bebió en aquellas linfas, y de Gabriela, a la que alude familiarmente, a una galaxia de nombres que se van encendiendo como luciérnagas nuevas entre las docas. Tras ellas apareció una joven repentina, con los hombros desnudos, muy graciosa y desentendida.

Se sienta al medio y exige con esa voz de quien conoce a alguien desde toda la vida.

"JUVENCIO, RASCAME LA ESPALDA..."

Algo hubo que se me reveló de modo apabullante mientras el suave campesino de la chupalla amarilla, tan inofensivo, y con su modo inmutable, le rascaba obedientemente la espalda.

Una campana llamando para el almuerzo en la mesa tendida sobre el jardín con sus cacharras de vino con duraznos o chicha con naranjas, dio un corte a la escena.

Más tarde, cuando cada uno se ubicó donde le gustaba, lo vi cómodamente sentado entre los más íntimos del dúo de casa, que lucía poncho diagona con grecas hasta el tobillo.

Tenía a mi lado al escritor Carlos Larrain, autor de un sabroso libro sobre la Isla y sus personajes, y le pregunté si el señor del otro extremo de la mesa, el de chupalla de paja amarilla, era también poeta.

"Y de los mejores de Chile", me dijo de inmediato, "un gran poeta, su nombre es Juvencio Valle".

Simultáneamente pasaba tras nosotros la bella invitada a la que le picaba la espalda.

"Es Teresa Hamel, escritora de Viña", me ilustra prontamente. Con el tiempo, yo me encontraría en una librería de viejo con su primer libro, magnífico, "El Contramaestre".

Quise visualizar estos recuerdos en el marco marino que les dieron origen, en el escenario malancro en que vi a Juvencio Valle por primera vez, con el sencillo homenaje que le debo por la desinteresada amistad que recibí de él. Fue un viejo árbol sureño que ardió en el viento de la poesía chilena y que acaba de volverse cenizas, como en uno de esos grandes incendios del sur del cual provino. Allí están sus nobles palabras en mi segundo libro de poesía, ganado por concurso, cuando era presidente del Sindicato de Escritores que más tarde pasó a llamarse "Asociación". Era un concurso nacional financiado por el industrial Daniel Yanur. En el gran almuerzo de entrega en el Melville, o algo así, conocí a Marta Brunet, sentada en lugar de honor, como ex Premio Nacional de Literatura y, lo que me conmovió grandemente, al poeta Angel Cruchaga Santa María, uno de los jurados, que llegó con su esposa Albertina Azócar del brazo. Dichosos años sesenta, me sentaron a su lado y yo ni respiraba de emoción. Los otros jurados fueron Hernán del Solar y Mario Osses.

Recuerdos de tertulias en mi casa, con poetas de Valparaíso, junto a mis hijas entonces pequeñas y la sonrisa luminosa de María, su esposa, presidiéndolo todo... Cartas que he leído con nostalgia.

Si existe más allá de las nubes y los pájaros un lugar vegetal y celeste para almas como la de Juvencio Silencio, allí estará observando el vuelo del viento en cada hoja fresca, respirando el aroma de los bosques recuperados y perdidos.

"Canta el agua al caer sobre ella misma", escribe en "El monte y la ladra".

De ese modo seguirá cayendo al agua que es la nuestra y la suya.

El hijo del guardabosque [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El hijo del guardabosque [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile